

tidad de bienes para vender, la facultad de arrendar los bosques y el empréstito forzoso, dejándole además la plancha de los asignados como último recurso.

Para anticipar el producto de estos varios arbitrios, había creado, como hemos visto, sesenta millones en pagarés reales, que debían realizarse con el primer dinero que entrase en caja; pero estos pagarés circularon con gran dificultad. Los capitalistas, reunidos para acordar un proyecto de banco territorial, fundado en los bienes nacionales, se habían retirado al oír los vituperios pronunciados por los patriotas contra los agiotistas y traficantes. El empréstito forzoso se recaudaba con mucha más dificultad que se había creído. La repartición se apoyaba en bases muy arbitrarias, porque el empréstito sólo debía efectuarse entre las clases más acomodadas, y todos reclamaban, de modo que cada cuota del empréstito ocasionaba un debate á los recaudadores. Apenas se había cobrado en dos meses una tercera parte, esto es, algunos millones en numerario y otros pocos miles de ellos en papel. No bastando estos recursos, hubo que recurrir al extremo que se dejó al gobierno para que supliese á los demás: el molde de los asignados.

En los dos últimos meses habían subido á la inaudita suma de cuarenta y cinco mil millones. Veinte mil habían dado apenas ciento, porque los asignados sólo valían la ducentésima parte de su título. El público no los quería decididamente á ningún precio, porque para nada servían, ni para el reintegro de los créditos que estaban suspendidos, ni para satisfacer más que la mitad de los arrendamientos y contribuciones, porque la otra mitad se pagaba en especie; rehusábanlos en los mercados, donde, ó no se admitían, ó recibíanlos por un valor reducido, y por último, no se aceptaban en la venta de los bienes sino al tipo mismo de los mercados, pues las pujas hacían subir siempre la suma ofrecida en proporción á la baja del papel. No se podía, por tanto, emplearlos en cosa que les diese ningún valor. Una emisión, cuyo término no se conocía, hacía esperar que se llegaría á cifras desusadas, que significarían las más módicas sumas. El millar de millón indicaba, cuando más, un millón, y había llegado ya á verificarse aquella caída de que hablamos antes cuando se rehusó prohibir las subastas en la venta de los bienes.

Aquellos en quienes la revolución había dejado sus preocupaciones, porque todos los sistemas y poderes dejan alguna, querían que se echase mano de los asignados, suponiendo gran cantidad de bienes en hipoteca y empleando medios violentos para hacerlos circular. Pero nada más imposible de restablecer en el mundo que la reputación de un papel moneda: era, pues, forzoso renunciar á los asignados.

Acaso preguntará alguno, ¿por qué no se abolía desde luego este papel, reduciéndole á su valor efectivo, que era de doscientos millones á lo más, y exigiendo el pago de las contribuciones y de los bienes nacionales en efectivo ó en asignados al precio corriente? En efecto, el numerario volvía á aparecer, y con alguna abundancia, especialmente en las provincias; de modo que era un verdadero error temer su escasez, porque el papel existía únicamente por doscientos millones en la circulación; pero otra razón impidió renunciar al papel moneda.

La única riqueza, preciso es decirlo siempre, consistía en los bienes nacionales, cuya venta no parecía segura ni inmediata. No pudiendo, pues, esperar á que su valor viniese espontáneamente al tesoro por medio de las ventas, era preciso representarle de antemano en papel y emitirle para retirarle en seguida; en una palabra era preciso gastar el dinero antes de haberlo recibido, cuya necesidad de gastar antes de efectuar la venta hizo pensar en la creación de otro papel nuevo.

Las cédulas hipotecarias, que no eran otra cosa que una hipoteca especial para cada línea, ocasionaban mucho entorpecimiento, porque era preciso que expresasen las circunstancias de cada una; por otra parte, dependían de la voluntad del tomador y no zanjaban la verdadera dificultad. Se ideó un papel que, con el nombre de libramientos, representaba un valor fijo en bienes. Toda finca se había de entregar sin subasta, por una mera acta y por un precio en libramientos igual al de 1790 (veintidós veces el producto.)

Debían crearse dos mil cuatrocientos millones de estos libramientos y aplicarles inmediatamente igual suma de bienes según la tasación de 1790. Estos libramientos no podían sufrir más variación que la de los bienes mismos, pues representaban una cantidad fija. No podían, verdad es, hallarse á la par del dinero, porque los bienes no valían lo que en 1790; pero debían tener el mismo valor de los bienes.

Resolvióse, pues, emplear parte de estos libramientos en retirar los asignados, cuyo molde se rompió el 30 pluvioso, año IV (19 de septiembre.) Se habían emitido cuarenta y cinco mil quinientos millones; y por las diferentes entradas, ó del empréstito ó de lo atrasado, la cantidad en circulación se había reducido á treinta y seis mil millones y debía serlo bien pronto á veinticuatro. Estos veinticuatro mil millones, reduciéndolos á la trigésima parte, representaban ochocientos, y así se decretó que se canjeasen por ochocientos millones de libramientos, que era una liquidación del asignado á la trigésima parte de su valor nominal. Además debían emitirse para el servicio público seiscientos millones de libranzas, y los mil restantes encerrarse en el arca de tres llaves, saliendo de ella sólo por decreto y según la necesidad lo dictase.

Esta creación de los libramientos era una reimposición de los asignados con una cifra menor, otra denominación y un valor determinado respecto á los bienes. Era como si se hubiese creado, además de los veinticinco mil millones que debían quedar en circulación, cuarenta y ocho mil millones distintos, que hubieran hecho setenta y dos mil; era como si se hubiera decidido que se recibieran estos setenta y dos mil millones en pago de los bienes por treinta veces el valor de 1790, que suponía dos mil cuatrocientos millones de bienes hipotecados. La cifra, pues, se hallaba reducida, fijada la relación con los bienes y variado el nombre.

Creáronse los libramientos el 26 ventoso (10 de marzo), é inmediatamente hubo, que poner los bienes en venta y entregarlos al portador del libramiento por una simple escritura. La mitad del precio debía pagarse en la primera década, y el resto en tres meses. Los bosques nacionales se hallaban aparte y los dos mil cuatrocientos millones de bienes se tomaban sobre las fincas de menos de trescientas fanegas.

Inmediatamente se tomaron las resoluciones que necesita la adopción de un papel moneda. Siendo el libramiento la moneda de la república, todo debía pagarse en dicho papel; los créditos estipulados en metálico, los alquileres, los arriendos, los intereses de capitales, las contribuciones, excepto las atrasadas, las rentas sobre el Estado, las pensiones y las asignaciones de los empleados. Sobre la contribución territorial hubo grandes debates: los que prevían que los libramientos podían decaer como el asignado, querían que para asegurar al Estado una entrada cierta, se siguiese pagando aquella en especie. Se les opuso las dificultades de la percepción, y se decidió que tendría lugar en libramientos, como la de las aduanas, derechos de registros, timbres, correos, etc.

No se contentaron con esto; creyóse deber acompañar la creación del nuevo papel con la severidad que por lo común se emplea en el uso de los valores forzados, y se declaró que el oro y la plata no se considerarían ya como mercancías, ni se podría vender el papel por oro ni el oro por papel. Después de las pruebas que se habían hecho, esta medida era miserable. Otra acababa de tomarse al mismo tiempo, que no lo era menos y que perjudicó en la opinión al Directorio, que fué el haber cerrado la Bolsa: hubiera debido saber que el suprimir un mercado público no impide que se abran mil en otra parte.

Gravísimo fué el error que cometió el gobierno creando este nuevo papel moneda y disponiendo que sirviese en todas partes de metálico, pues aun sosteniéndose, jamás podía el libramiento igualar al precio del dinero. Aquel valía, si se quiere, tanto como la tierra, pero no más, y ésta no valía la mitad que en 1790; de modo que una finca, aunque fuese patrimonial, de cien mil francos, no podría pagarse con cincuenta mil en dinero. ¿Cómo, pues, cien mil francos en libramientos habían de valer cien mil en efectivo? Al menos hubiera convenido admitir esta diferencia. El gobierno debía, pues, además de todas las otras causas de descrédito, hallar inmediatamente una equivocación emanada del menoscabo de los bienes.

Era tanta la urgencia del gobierno, que mientras se imprimían los libramientos mandó circular simples promesas de ellos, y desde el mismo instante comenzaron á emitirse por un precio muy inferior á su valor nominal, lo cual produjo inquietudes, pues se dijo que el nuevo papel en que tanto se esperaba iba á caer como los asignados, dejando á la república sin ningún recurso.

Sin embargo, había una causa para este descrédito anticipado que podía remediarse pronto. Debían redactarse instrucciones para el uso de las administraciones locales, para arreglar los casos sumamente complicados que en la venta de los bienes por mera escritura se originasen, trabajo que exigía mucho tiempo y retrasaba las operaciones de las ventas. Entretanto se desacreditaban los libramientos y se decía que bajaría su valor con tanta rapidez, que el Estado no podría empezar las ventas y abandonar los bienes por un valor nulo; que iba á suceder con los libramientos lo que con los asignados, que se reducirían sucesivamente á nada, y entonces se les recibiría en pago de bienes, no por su valor de emisión, sino por su valor reducido.

Los malévolos daban á entender así que el nuevo

papel era un engaño; que nunca se enajenarían los bienes, y que la república quería conservárselos como una prenda aparente y eterna de todas las especies de papel que quisiera emitir; sin embargo, se abrieron las ventas y fueron muchas las suscripciones. El libramiento de cien francos había bajado á quince, y subió sucesivamente á treinta y cuarenta, y en algunos puntos á ochenta y ocho francos. Hubo, pues, por algunos momentos esperanzas de que saldría bien la nueva operación.

Estas eran las ocupaciones del Directorio, mientras las facciones conjuradas contra él trabajaban secretamente. Los agentes realistas continuaban sus ocultos manejos, pues la muerte de Lemaître no les había dispersado, y Brottier, absuelto, era ahora el jefe de la agencia. Habíansele unido Duverne de Presle, Laville-Heurnois y Despomelles, que formaban clandestinamente el comité real. Estos miserables revoltosos no tenían ningún influjo; intrigaban, pedían dinero con mucho ahinco, escribían multitud de cartas y prometían maravillas; todos eran el conducto entre el pretendiente y la Vendée, en donde tenían muchos oyentes. Persistían en sus ideas, y viendo que la insurrección reprimida por Hoche estaba próxima á expirar, se confirmaban más en su sistema de hacerlo todo en París, hasta por medio de un movimiento en el interior. Jactábanse, como en tiempo de la Convención, de hallarse en relaciones con varios diputados del nuevo tercio, pretendiendo que era preciso contemporizar, formar la opinión por medio de los periódicos, desacreditar al gobierno y prepararlo todo para que las elecciones del siguiente año diesen un nuevo tercio de diputados enteramente contrarrevolucionarios. Así se jactaban de destruir la Constitución republicana por medio de la Constitución misma; plan que ciertamente era el menos químérico y el que da más favorable idea de su inteligencia.

Los patriotas, por su parte, preparaban maquinaciones, pero más peligrosas por los medios que tenían á su disposición. Expulsados del Panteón y condenados enteramente por el gobierno que se había separado de ellos y quitádoles sus destinos, se habían declarado contra él y héchose sus irreconciliables enemigos. Viéndose perseguidos y atentamente observados, no hallaron otro recurso que conspirar con el mayor sigilo, de modo que no pudiera averiguarse quiénes eran los corifeos. Cuatro habían elegido para formar un directorio secreto de salvación pública, y de ellos eran Babœuf y Drouet.

Este directorio debía estar en comunicación con doce agentes principales que se conocían unos á otros, y se hallaban encargados de organizar sociedades de patriotas en todos los barrios de París. Los doce agentes obraban así cada uno por su parte; pero no podían descubrir los nombres de los cuatro individuos del directorio secreto, sino que debían hablar y hacerse obedecer en nombre de una autoridad misteriosa y suprema, creada para dirigir los esfuerzos de los patriotas al fin que llamaban ellos *felicidad común*.

De este modo no podía darse apenas con los hilos de la conspiración, porque aun suponiendo que se descubriese uno, los demás quedaban siempre ignorados.

Establecióse, en efecto, esta organización á tenor del proyecto de Babœuf, y en todo París existían sociedades de patriotas que recibían impulso de una autoridad des-



conocida por medio de los doce agentes principales.

Procuraban Babeuf y sus compañeros averiguar cuál sería el medio de conseguir lo que ellos llamaban emancipación, y á quién se daría la autoridad si se degollaba al Directorio, se dispersaban los Consejos y se ponía al pueblo en posesión de su soberanía. Desconfiaban ya demasiado de las provincias y de la opinión para arriesgarse á unas elecciones y llamar otra asamblea nueva; antes bien, querían formar una, compuesta de jacobinos selectos, sacados de cada departamento. La elección debían hacerla ellos mismos, completando esta asamblea con todos los montañeses de la antigua Convención que no habían sido reelegidos. Pero no todos los montañeses les ofrecían suficiente confianza, porque en los últimos tiempos de la Convención muchos se habían adherido á lo que llamaban ellos *medidas liberticidas* y aun aceptado cargos del Directorio. Sin embargo, se pusieron al fin de acuerdo sobre la admisión en la nueva asamblea de sesenta y ocho de ellos, que pasaban por los más puros. Esta asamblea debía apropiarse todos los poderes hasta que se asegurase la *felicidad común*.

Era preciso entenderse con los convencionales no reelegidos, los más de los cuales se hallaban en París, y Babeuf y Drouet se pusieron en comunicación con ellos. Hubo acaloradas discusiones obre la elección de los medios, pues los convencionales creían demasiado extraordinarios los que proponía el directorio insurrecto. Querían el restablecimiento de la nueva Convención, con la organización prescrita por la Constitución de 1793; al fin se entendieron, y preparóse la insurrección para el mes de floreal (abril-mayo). Los medios de que se proponía usar el directorio secreto eran verdaderamente terribles: primeramente, habíase puesto en correspondencia con las principales ciudades de Francia, para que la revolución fuese simultánea y semejante en todas partes. Los patriotas debían salir de sus barrios llevando banderas con la siguiente inscripción: *Libertad, Igualdad, Constitución de 1793, Felicidad común*, y cualquiera que resistiese al pueblo soberano sufriría la muerte. Tratábase de asesinar á los cinco directores, á varios individuos del Consejo de los Quinientos y al general del ejército del interior; después se apoderarían del Luxemburgo, de la tesorería, del telégrafo, de los arsenales y del depósito de artillería de Meudón. Para inducir al pueblo á sublevarse, y á que no se le *pagara con vanas promesas*, debía obligar á todos los habitantes acomodados á dar alojamiento y alimentar á los hombres que hubieran tomado parte en la insurrección.

Los panaderos y los tratantes en vino estaban obligados á suministrar pan y bebida al pueblo, mediante una indemnización que les pagaría la república y bajo pena de ser ahorcados de los faroles en caso de negativa. Todo soldado que se pasara á los insurrectos tendría su equipo en propiedad, y recibiría una suma de dinero, permitiéndole volver á sus hogares. Esperábase ganar así á los que sirvieran á disgusto; y en cuanto á los soldados de oficio, que se habían aficionado á la guerra, entregábanles las casas de los realistas para que las saquearan. A fin de conservar los ejércitos completos, substituyendo los que volvieran á sus hogares, tratábase de conceder á los soldados tales ventajas, que se presentaría espontáneamente una multitud de voluntarios.

Ya vemos qué terribles é insensatas combinaciones habían concebido aquellos hombres desesperados: designaron á Rossignol, el ex general de la Vendée, para mandar el ejército parisiense insurrecto; y habían buscado inteligencias en esa legión de policía que formaba parte del ejército del interior y fué disuelta por el Directorio. El ministro de policía, Cochón, que seguía los progresos de la conspiración, la cual le fué denunciada por un oficial del ejército del interior, á quien se quiso alistar, la dejó seguir adelante para coger todos los hilos.

El 20 floreal (9 de mayo), Babeuf, Drouet y los demás jefes y agentes debían reunirse en casa de un carpintero de la calle Bleu: varios oficiales de la policía, apostados en las cercanías, se apoderaron de los conspiradores y condujéronlos en el acto á la cárcel; detúvose además á los ex convencionales Laiguelot, Vadier, Amar, Ricord, Choudieu, el piemontés Buonarrotti, el ex diputado de la Asamblea Legislativa Antonelle, y Pelletier de Saint-Fargeau, hermano de aquel que murió asesinado. Pidióse al punto á los dos Consejos la formación de causa á Drouet, que era individuo de los Quinientos, y se les envió á todos al supremo tribunal nacional, que no estaba organizado aún, y se comenzó á organizar en el acto. Babeuf, cuya gravedad igualaba á su fanatismo, escribió al Directorio una carta singular, que daba á conocer el delirio de su espíritu:

«Soy una potencia, escribía; no temáis, pues, tratar conmigo de igual á igual; soy el jefe de una secta formidable que no exterminaréis enviándome á la muerte, y que después de mi suplicio estará más irritada, mostrándose más peligrosa. Sólo tenéis un hilo de la conspiración; no es nada haber encarcelado á unos pocos individuos; los jefes se reproducirán sin cesar. Absteneos de verter una sangre inútil; aún no habéis hecho mucho ruido; no hagáis más; tratad con los patriotas, quienes, recordando que fuisteis en otro tiempo republicanos sinceros, os perdonarán si queréis concurrir con ellos á la salvación de la república.»

El Directorio no hizo caso alguno de esta carta extravagante, y dispuso que se instruyera el proceso, el cual debía ser largo, porque se quería proceder con todas las formas. Este último acto de vigor acabó de consolidar al Directorio en la opinión general. Acercábase el fin del invierno; las facciones estaban vigiladas y contenidas; dirigíase la administración con celo y cuidado, y sólo el papel moneda inspiraba inquietud, aunque no dejó de facilitar los recursos indispensables para hacer los primeros preparativos de la campaña que iba á empezarse. En efecto, era llegada la estación de las operaciones militares. El ministerio inglés, siempre astuto en su política, había dado algunos pasos cerca del gobierno francés, como lo exigía la opinión pública, encargando á su agente en Suiza, Wickam, que dirigiera algunas preguntas insignificantes al ministro de Francia Barthelemy. Esta insinuación, hecha el 17 ventoso (7 marzo 1796), tenía por objeto averiguar si Francia estaba dispuesta á la paz; si consentiría en un congreso para discutir las condiciones, y si quería dar á conocer de antemano las bases principales bajo las que estaba resuelta á tratar. Semejante paso no era sino una vana satisfacción que Pitt daba á su país, á fin de estar autorizado, por una negativa de Francia, para pedir nuevos

sacrificios. En efecto, si Pitt hubiera sido sincero, no habría encargado esta negociación á un agente sin poderes; no hubiese pedido un congreso europeo, que por la complicación de las cuestiones nada podía resolver, y que por otra parte rehusó ya Francia al Austria por mediación de Dinamarca; ni hubiera en fin preguntado con qué bases debía entablarse la negociación, puesto que no ignoraba que, según la Constitución, los Países Bajos eran parte del territorio francés, y que el gobierno actual no consentiría en separarlos. El Directorio, que no quería pasar plaza de tonto, mandó á Wickman contestar que ni la forma ni el objeto de aquel paso eran propios para creer en su sinceridad; y que por lo demás, para demostrar sus intenciones pacíficas consentía en contestar á preguntas que no lo merecían, y declaraba querer tratar sólo sobre las bases fijadas por la Constitución. Esto era anunciar de una manera definitiva que Francia no renunciaría jamás á la Bélgica: la carta del Directorio, escrita convenientemente y con firmeza, fué publicada al punto con la de Wickman. Era el primer ejemplo de una diplomacia franca y enérgica, sin jactancia.

Todos aprobaron al Directorio, y por una parte y otra hiciéronse preparativos en Europa para dar principio á las hostilidades. Pitt pidió al Parlamento un nuevo empréstito de siete millones de libras esterlinas, y esforzóse por negociar otro de tres para el emperador. Había trabajado mucho con el rey de Prusia para sacarle de su neutralidad y hacerle tomar parte de nuevo en la lucha; ofrecióle fondos, y le hizo presente que llegado el fin de la guerra, cuando todos los partidos estuvieran extenuados, él tendría una segura superioridad. El rey de Prusia, no queriendo incurrir en sus primeras faltas, no se dejó engañar, y persistió en su neutralidad. Una parte de su ejército, estacionada en Polonia, vigilaba la incorporación de las nuevas conquistas; la otra, situada á lo largo del Rhin, estaba dispuesta á defender la línea de neutralidad contra las potencias que la violaran, tomando bajo su protección á los Estados del imperio que reclamasen la intervención prusiana. Rusia, siempre fecunda en promesas, no enviaba tropas aún, y ocupábase en organizar la parte de territorio que en Polonia le había correspondido.

Austria, envanecida con sus triunfos á fines de la campaña anterior, preparábase á la guerra con ardimiento, entregándose á las más presuntuosas esperanzas. El general á quien debía este ligero cambio de fortuna acababa de ser destituido sin embargo, á pesar de todo el brillo de su gloria. Habiendo incurrido Clerfayt en el desagrado del consejo áulico, fué reemplazado en el mando del ejército del bajo Rhin por el joven archiduque Carlos, del cual se esperaba mucho, aunque sin prever aún su talento. Había demostrado en las campañas anteriores las cualidades de un buen oficial. Würmser mandaba siempre el ejército del alto Rhin. Para decidir al rey de Cerdeña á continuar la guerra, habíase enviado un refuerzo considerable al ejército imperial, que se batía en el Piamonte, cediéndole al general Beaulieu, quien había adquirido mucha reputación en los Países Bajos. España, comenzando á disfrutar de la paz, estaba atenta á la nueva lucha que iba á comenzar, y mejor instruida respecto á sus verdaderos intereses, hacía votos por el triunfo de Francia.

El Directorio, celoso como todo nuevo gobierno, y deseando ilustrar su administración, meditaba grandes proyectos. Había puesto sus ejércitos bajo un pie de fuerza respetable; pero sólo pudo enviar hombres, sin proporcionarles las provisiones necesarias. Toda la Bélgica había sido puesta á contribución para alimentar al ejército del Sambre y Mosa; é hiciéronse esfuerzos extraordinarios para mantener al del Rhin en medio de los Vosgos; pero no fué posible adquirir medios de transporte ni remontar la caballería. El ejército de los Alpes había vivido de los almacenes tomados á los austriacos después de la batalla de Loano, mas no tenía uniformes ni calzado, y las pagas estaban atrasadas. La victoria de Loano no había dado, pues, resultado alguno. Gracias á los cuidados de Hoche, los ejércitos de las provincias del Oeste hallábanse en mejor situación que todos los demás, aunque sin estar provistos de cuanto necesitaban. Sin embargo, á pesar de esta penuria, nuestros ejércitos, acostumbrados á sufrir, á vivir con su industria, y aguerridos por sus magníficas campañas, estaban dispuestos á grandes cosas.

El Directorio meditaba, como hemos dicho, vastos proyectos: quería terminar en primavera la guerra de la Vendée, y tomar después la ofensiva en todos los puntos. Su objeto era conducir los ejércitos desde el Rhin á Alemania para bloquear y sitiar á Maguncia, completar la sumisión de los príncipes del Imperio, aislar al Austria, trasladar el teatro de la guerra al seno de los Estados hereditarios, y mantener á sus tropas á expensas del enemigo en los ricos valles del Mein y del Neckar. En cuanto á Italia, tenía proyectos más vastos aún, sugeridos por el general Bonaparte. Como no se había aprovechado la victoria de Loano, era preciso, según aquel joven jefe, alcanzar una segunda, decidir al rey del Piamonte á la paz, ó arrebatarle sus Estados, franquear después el Po, y dirigirse hacia Austria para arrancarle el más hermoso florón de su corona, la Lombardía. Allí estaba el teatro de las operaciones decisivas; allí era donde se iban á descargar los más terribles golpes contra el Austria, á conquistar equivalentes para pagar los Países Bajos, á decidir la paz, y tal vez á franquear la hermosa Italia. Por otra parte, se iba á reponer y alimentar el más pobre de nuestros ejércitos en el país más fértil de la tierra.

El Directorio, fijándose en estas ideas, hizo algunos cambios en el mando de sus ejércitos. Jourdan conservó el que había merecido tan bien á la cabeza del ejército del Sambre y Mosa; Pichegru, que había hecho traición á su patria, y cuyo crimen se sospechaba ya, fué reemplazado por Moreau, que mandaba en Holanda; y ofrecióse á Pichegru la embajada de Suecia, pero la rehusó. Beurnonville, que acababa de volver de su cautiverio, substituyó á Moreau en el mando del ejército francés en Holanda. Scherer, del cual no se estaba contento, por no haber sabido aprovecharse de la victoria de Loano, fué reemplazado igualmente. Queríase un joven emprendedor para intentar una campaña atrevida: Bonaparte, que se había distinguido ya en el ejército de Italia, y que por otra parte parecía tan penetrado en las ventajas de una marcha allende los Alpes, pareció el hombre más á propósito para substituir á Scherer, y en su consecuencia fué promovido del mando del ejército del interior al de Italia. Bonaparte marchó en el